

Economía del subdesarrollo y subdesarrollo de la Economía¹

Carlos Berzosa Alonso-Martínez

Universidad Complutense de Madrid

Resumen. Este artículo analiza el fenómeno del subdesarrollo y sus secuelas de pobreza, desigualdad y privaciones que sigue padeciendo buena parte de la población mundial. No es posible seguir manteniendo la tesis de que el objeto de la Ciencia Económica es la riqueza. Resulta necesario concebirla como una ciencia centrada en combatir la pobreza, dado que en el mundo actual persiste el subdesarrollo extremo y masivo junto con una enorme brecha entre los países ricos y pobres. Por lo tanto, hay que tomar conciencia del subdesarrollo y, en un plano más académico, ser conscientes de los inconvenientes que representa el predominio de la ortodoxia en la disciplina de la economía del desarrollo, centrada en fórmulas anacrónicas que no se han mostrado eficaces en la superación de las desigualdades.

Palabras clave. Subdesarrollo, pobreza, desigualdad, Economía.

Clasificación JEL. 01, 015, 019, 03.

Abstract. This article analyses the underdevelopment phenomenon and its consequences of poverty, inequality and deprivations that a large extent of the world population continues suffering. It is not possible to maintain the thesis that wealth is the main target of the Economic Science. It is necessary to understand it as a science focused on fighting poverty, since in the current world persist extreme and massive underdevelopment together with a large gap between rich and poor countries. Therefore, we must become aware of the drawbacks of the predominance of the orthodox discipline of Development Economics, focused on anachronistic formulas that have proved not to be effective in overcoming inequalities.

Key words. Underdevelopment, poverty, inequality, Economics.

JEL classification. 01, 015, 019, 03.

1. Introducción

En el presente artículo se habla de «economía del subdesarrollo», y no de «economía del desarrollo», que es como habitualmente se conoce en el mundo académico a la disciplina de la Ciencia Económica que se ocupa de los problemas de los países que se encuentran atrasados y marginados. Con ello se quiere poner el énfasis en la Economía de una realidad material y concreta, como es la pervivencia del subdesarrollo a lo largo de los años. En cuanto a la segunda parte del título, ¿por qué el subdesarrollo de la Economía?, ¿es que acaso no somos conscientes de los progresos que esta ciencia ha tenido en los últimos años? Sí que lo somos, pero ha sido un progreso más vinculado a los trabajos empíricos,

¹ Este artículo está basado en el discurso de ingreso de Carlos Berzosa como Académico de Honor en la Real Academia de Doctores de España

avances estadísticos y econométricos que en paradigmas teóricos que nos ayuden a comprender la complejidad de lo real. La Economía, al tiempo que se especializa y avanza, pierde capacidad interpretativa, de interrogarse sobre los problemas relevantes de nuestro tiempo y de encontrar proposiciones que faciliten el avance en la búsqueda de soluciones. Por lo que la Economía, si bien avanza en el plano de la técnica, no lo hace en el plano de lo social, olvidándose en muchos casos de la esencia de su ser y hasta de sus orígenes. Asistimos a un empobrecimiento de la reflexión teórica y esto le supone –si aceptamos, como decía Marx, que ésta estaría de más si la forma de manifestarse las cosas coincidiera con su esencia– encontrarse como ciencia en un estado de subdesarrollo, y no sólo por lo que concierne al estudio y análisis del desarrollo, sino a más cuestiones como tendremos ocasión de desarrollar.

A principios de los años setenta, José Luis Sampedro publicaba un libro titulado *Conciencia del subdesarrollo* (Sampedro, 1972). En este libro, que ponía de manifiesto una dolorosa realidad, Sampedro hacía dos afirmaciones de especial importancia:

1. «El desarrollo es el problema central de nuestro tiempo» (Sampedro y Berzosa, 1996, pág. 23).
2. «Es imposible seguir defendiendo la tesis de que el objeto de la Ciencia Económica es la riqueza. Al contrario, su obsesión ha de ser la pobreza» (Sampedro y Berzosa, 1996, pág. 23).

Más de treinta años después de publicado el libro de Sampedro, estas afirmaciones están de plena actualidad. La primera afirmación está de actualidad porque en el mundo de hoy persiste el subdesarrollo extremo masivo y existe una enorme y creciente brecha entre países ricos y países pobres. Pero es que, además, la subdisciplina que se ocupa de los problemas de los países subdesarrollados y de las estrategias y políticas necesarias para promover su desarrollo (la economía del subdesarrollo o llamada también economía del desarrollo, expresiones que utilizaré indistintamente) no atraviesa precisamente sus mejores momentos.

La crisis de la economía del subdesarrollo se debe a distintos factores, entre los que figura el propio subdesarrollo de la disciplina de la que forma parte, esto es, de la Economía en general. Y ese subdesarrollo teórico tiene mucho que ver con la segunda afirmación de Sampedro, esto es, con la obsesión de la Economía convencional u ortodoxa con la riqueza.

En el segundo epígrafe de este artículo se resumen los problemas principales de la economía del subdesarrollo. Se señala cómo parte de esos problemas se deben a las insuficiencias de la Economía como disciplina general. En el tercer epígrafe se comentan las limitaciones actuales de la economía ortodoxa, convencional o dominante.

2. La economía del subdesarrollo

La economía del subdesarrollo (o del desarrollo) no atraviesa por sus mejores momentos: de hecho, sufre un claro declive, cuyo origen se remonta a finales de los años setenta del siglo pasado². Existen dos razones principales de ese declive. En primer lugar, pese a su ya considerable historia (Toye, 2003), la subdisciplina ha sido incapaz de

² Véase, por ejemplo, A. O. Hirschman (1982).

remediar los graves problemas de subdesarrollo y desigualdad que hay en el mundo. En segundo lugar, la economía del subdesarrollo presenta serios inconvenientes teóricos (marginación dentro del campo de la Economía, insuficiente atención a los problemas medioambientales, falta de pluralismo, incapacidad para superar una teoría anacrónica, contagio de los problemas generales de la Economía como disciplina, etc.).

2.1. El subdesarrollo y la desigualdad internacional

Los problemas del subdesarrollo siguen siendo tan acuciantes o más que en el pasado. Pese a los avances técnicos y al progreso material que ha experimentado la humanidad, persisten el subdesarrollo extremo en buena parte del planeta y la injusta desigualdad entre los países ricos y los países pobres. Estoy hablando de las enormes privaciones y penalidades que sufre una gran parte de la población del mundo y de la también enorme brecha entre los países ricos y los países pobres. Esos aspectos fueron expuestos, en el caso de España, por José Luis Sampedro (1972), y actualizados en una segunda edición de 1996, de su *Conciencia del subdesarrollo* (Sampedro y Berzosa, 1996). Más recientemente, en el manual de *Estructura económica mundial* (Berzosa et al., 2001) y en el libro sobre *Los desafíos de la economía mundial en el siglo XXI* (Berzosa, 2002), se han retomado esas cuestiones.

Sirvan, para ilustrar esos aspectos, algunos datos del reciente informe del Proyecto del Milenio de las Naciones Unidas (enero de 2005) sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) (Sachs, dir., 2005). Ese informe estima que en el año 2005 hay en el mundo unos 1.200 millones de personas pobres (con ingresos diarios inferiores a 1 dólar). Esos 1.200 millones suponen el 23% de la población del Tercer Mundo y la sexta parte de la población del mundo³. Además, siempre de acuerdo con ese informe, hay también 825 millones de personas desnutridas (16% de la población del Tercer Mundo), 940 millones de personas sin acceso fácil a agua potable (18%), 2.500 millones de personas sin acceso a sistemas de saneamiento mejorado (48%), 850 millones de personas analfabetas (22% de la población adulta), 115 millones de niños y niñas no asisten a la escuela primaria (18% de la población en edad escolar primaria), etc.

Hoy en día mueren al año unos 8 millones de personas (22.000 personas al día) como consecuencia directa de la pobreza, es decir, simplemente porque son demasiado pobres para mantenerse con vida. Esto es, mueren porque son atendidas en hospitales que no tienen medicinas suficientes o porque malviven en hogares en los que no hay ni siquiera mosquiteras para evitar la malaria o acceso a agua potable.

Así, no es de extrañar que, según datos del Banco Mundial, la tasa de mortalidad infantil (de menores de 5 años) fuese en 2002 de 7 por mil en los países desarrollados y de 88 por mil en los países subdesarrollados (y de 174 por mil, o 17,4%, en el África Subsahariana). Es decir, mueren al año casi 10 millones de niños y niñas menores de cinco años, muertes de las que más de 9 millones (25.000 al día) se deben a la malnutrición o a

³ Además, hay 2.700 millones de personas que sobreviven con menos de 2 dólares al día (Chen y Ravallion, 2004). Estamos hablando de más de la mitad de la población del Tercer Mundo y del 40% de la población del mundo.

enfermedades erradicables. Tampoco es de extrañar que la esperanza de vida al nacer fuese, también en 2002, de 78 años en los países ricos, de 65 años en los países pobres y de apenas 46 años en el África Subsahariana.

En cuanto al abismo entre ricos y pobres, baste señalar que, según los datos del *Informe sobre el desarrollo mundial 2005* (Banco Mundial, 2004), en el mundo había en 2003 unos 6.270 millones de personas. De esa población total, 5.300 millones de personas vivían en países de ingreso bajo y medio (con un ingreso nacional bruto por habitante de menos de 9.386 dólares) y sólo 703 millones habitaban en países de ingreso alto (con una renta *per capita* superior o igual a 9.386 dólares)⁴. En otras palabras, en ese año 2003 el 85% de la población mundial vivía en países pobres mientras que sólo el resto (15%) habitaba en países ricos. Además, los datos del Banco Mundial permiten cuantificar la distancia entre unos y otros. Los países de ingreso bajo y mediano (con el 85%, repito, de la población mundial) recibían apenas el 20% de la renta bruta mundial, de manera que los países de ingreso alto (con el 15% de la población mundial) recibían el 80% de la renta bruta mundial. La renta media por habitante de los países de ingreso bajo y mediano fue en 2003 de 1.280 dólares mientras que la renta media por habitante de los países de ingreso alto fue de 28.550 dólares. En otras palabras, la renta por habitante de los países ricos es 22 veces mayor que la renta por habitante del resto del mundo. La brecha, por tanto, es enorme.

Pero la brecha no es sólo enorme sino que también es creciente. Con arreglo a los datos de los *Informes sobre desarrollo humano* del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el cociente entre la renta de la quinta parte más rica y la renta de la quinta parte más pobre de la población mundial (el llamado cociente 20/20) ha pasado de 30 en 1960 a 60 en 1990 y a 80 en 2000 (PNUD, VV.AA.). Otros indicadores de la enorme desigualdad que impera hoy en el mundo son que el 1% más rico de la población mundial (unos 30 millones de personas) tiene unos ingresos equivalentes a los ingresos del 57% más pobre (3.200 millones de personas) o que las 25 personas más ricas de Estados Unidos tienen unos activos equivalentes a los que poseen los 2.000 millones de personas más pobres del mundo.

Una magnífica presentación gráfica del subdesarrollo y de la desigualdad es la de Sutcliffe (1998).

Pese a los avances técnicos, lo cierto es que no han desaparecido las privaciones y penalidades que sufre gran parte de la población mundial. Pese a la creciente integración económica mundial, la brecha entre los países ricos y los países pobres se amplía (Berzosa, 2003). Eso quiere decir, dicho sea de paso, que tenemos un tipo de globalización económica incapaz de evitar el mantenimiento del subdesarrollo y el aumento de la desigualdad (Martínez González-Tablas, 2000). La persistencia del subdesarrollo y el incremento de la desigualdad son tanto más graves porque no son en absoluto ineluctables. Por ejemplo, la experiencia de algunos países de Asia oriental (Bustelo *et al.*, 2004) demuestra que el desarrollo económico es posible y que ese desarrollo puede conllevar mejoras sustanciales en lo relativo a la distribución de la renta dentro de cada país (Watkins, 1999) y un acercamiento a la renta *per capita* de los países ricos (Maddison, 2002). Por ejemplo, según los datos del Banco Mundial (y pese a que, como

⁴ El ingreso nacional bruto *per capita* en 2003 de España fue de 16.990 dólares, mientras que el de Estados Unidos ascendió a 37.610 dólares y el de Marruecos fue de 1.320 dólares.

es sabido, sus estadísticas sobre pobreza son controvertidas), la proporción de personas pobres en Asia oriental se redujo del 58% en 1981 al 15% en 2001, en una evolución sin precedentes. Sin embargo, siempre con arreglo a los datos del Banco Mundial, la incidencia de la pobreza extrema en el África Subsahariana ha aumentado del 42% en 1981 al 46% en 2001, como consecuencia, entre otros factores, del SIDA, las sequías, el aislamiento económico y las guerras civiles (Chen y Ravallion, 2004).

Es decir, el desarrollo de las regiones más pobres del mundo es a la vez posible, como han demostrado algunos países asiáticos, y urgente, como recuerda cada día la estremecedora situación de África Subsahariana.

2.2. Los inconvenientes de la economía del subdesarrollo

En otro orden de cosas, la economía del subdesarrollo presenta varios inconvenientes:

- Es una subdisciplina marginada en el campo de la Economía académica, que, como decía José Luis Sampedro, prefiere mirar al norte antes que al sur⁵.
- Es una especialidad que, al igual que muchas otras de la Economía, no tiene todavía suficientemente en cuenta la dimensión medioambiental. Tal cosa es grave, porque la Economía en general no puede ignorar los crecientes problemas ecológicos (desertización, extensión excesiva de las zonas urbanas, erosión del suelo, contaminación del agua y del aire, calentamiento global, ensanchamiento del agujero en la capa de ozono, etc.) y también porque se trata de problemas que tienen una relación estrecha con el desarrollo de los países pobres. Sin duda los países pobres tienen que desarrollarse, pero deben hacerlo de manera sostenible, ya que no parece posible extender a todo el mundo un modo de vida y de producción (el que han tenido hasta ahora los países ricos) que se basa en el consumo a gran escala de energía y materias primas y que provoca una gran contaminación.
- Pese a que la economía del desarrollo ha sido siempre un mundo de controversias (Bustelo, 1998; Hidalgo, 1999, y, en términos más generales, Guerrero, 1997, Barceló, 1998, Berzosa y Santos, 2000), las propuestas heterodoxas han sido arrinconadas por la ortodoxia; eso ocurre incluso con las propuestas de los economistas que, procedentes del campo de la ortodoxia, se han atrevido a criticarla y a distanciarse de ella, como es el caso de Joseph Stiglitz, ex economista-jefe del Banco Mundial y premio Nobel de Economía; entre los enfoques críticos, además del Post-Consenso de Washington defendido por Stiglitz (2002), entre muchos otros, cabe destacar dos: el del *desarrollo humano* del PNUD (véase PNUD, VV.AA. e Ibarra y Unceta, comps., 2001 y el de parte del *movimiento por una globalización alternativa* (por ejemplo, el defendido por autores vinculados a ATTAC)⁶.
- Se ha impuesto un enfoque dominante que no es capaz ni de explicar adecuadamente ni de dar las soluciones necesarias al subdesarrollo y a la desigualdad: el Consenso

⁵ José Luis Sampedro ha señalado varias veces que él, como economista y como ser humano, siempre ha preferido viajar en burro hacia el sur que en tren hacia el norte.

⁶ Sobre el movimiento por una globalización alternativa (que los franceses llaman «altermondialiste»), puede verse un balance de su evolución hasta la fecha en el número monográfico «L'altermondialisme a-t-il un avenir?» de la revista francesa *L'Economie Politique*, n.º 25, enero de 2005.

de Washington «Plus» o «con rostro humano» (Bustelo, 2003). Ese Consenso de Washington con rostro humano es simplemente el viejo Consenso de Washington envuelto en un discurso políticamente correcto: se insiste en los temas de pobreza, equidad e inclusión social y se actualiza el lenguaje (se mencionan la importancia de la sociedad civil, de la «pertenencia» de las estrategias de desarrollo, de la creación de capacidades y de la transparencia), pero no se abandonan las políticas tradicionales de ajuste estructural. En realidad esas políticas son incompletas y contraproducentes, como ha señalado, entre otros, el propio Stiglitz, quien sin duda sabe de lo que habla, pues fue nada menos que economista-jefe del Banco Mundial entre 1996 y 2001. Las limitaciones analíticas del Consenso de Washington son diversas y no entraré en ellas aquí, aunque basta con ver el amplio espectro ideológico de los firmantes de la reciente Agenda de Desarrollo de Barcelona (aprobada en septiembre de 2004 durante el Fórum de Barcelona) para darse cuenta de que el Consenso de Washington genera un rechazo cada vez más extendido⁷. En lo que se refiere a las medidas para luchar eficazmente contra el subdesarrollo, los economistas deben plantearse seriamente cuestiones como las siguientes (Berzosa, 2002): en el plano internacional, el aumento de la ayuda oficial al desarrollo, la solución a los problemas de deuda externa, el acceso a los mercados solventes de los países ricos y la creación de mecanismos de compensación por la caída de la relación real de intercambio y por las subidas de los tipos de interés internacionales, así como fórmulas para permitir que los países pobres puedan recurrir a la protección de sus mercados interiores. En cuanto a los cambios internos, son necesarios un sistema fiscal progresivo que permita aumentar los ingresos públicos para financiar los gastos en educación, salud y protección social; una auténtica reforma agraria que permita el reparto de la tierra; una intervención del Estado que considere seriamente que la planificación y la programación pueden ser necesarias, etc.

- La economía del desarrollo, como subdisciplina, no se escapa de los serios problemas de la Economía en general, asunto sobre el que insistiré en el tercer epígrafe de este texto.

2.3. ¿Cómo superar el declive de la economía del subdesarrollo?

De todo lo anterior se desprende que resulta preciso adoptar varias medidas urgentes, de las que comentaré cuatro: (1) una lucha más eficaz de la comunidad internacional contra el subdesarrollo y la desigualdad; (2) una atención mayor y mejor de los economistas por los problemas del desarrollo; (3) un mayor pluralismo teórico en la economía del subdesarrollo; y (4) la superación de planteamientos anacrónicos en esa subdisciplina.

Para empezar, es necesario un compromiso mundial en la lucha contra el subdesarrollo y la desigualdad, como el que ha reclamado Naciones Unidas desde hace años. Ese compromiso es perfectamente posible. Pero hay que superar los intereses egoístas

⁷ Véase la «Agenda de Desarrollo de Barcelona», *El País*, 1 de octubre de 2004. La declaración fue suscrita por Amsden, Blanchard, Calvo, Caminal, Cohen, Costas, De la Dehesa, Frankel, Galí, Haussman, Katseli, Khor, Krugman, Nayyar, Ocampo, Rodrik, Sachs, Sebastián, Serra, Stiglitz, Talvi, Tugores, Velasco, Ventura, Vives y Williamson.

que muchos países desarrollados todavía defienden. El desafío es extremadamente importante. Si se consiguieran en 2015 los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM)⁸, aprobados en la Cumbre del Milenio de septiembre de 2000, la pobreza extrema se reduciría en 500 millones de personas, el hambre afectaría a 300 millones de personas menos y la mortalidad infantil se reduciría de tal forma que 30 millones de niños se salvarían en vez de morir antes de cumplir cinco años. Para alcanzar tales fines es imprescindible, entre otras cosas, que los países desarrollados aumenten y coordinen mejor la ayuda oficial al desarrollo, que esos mismos países mejoren el acceso a sus mercados para las exportaciones de los países pobres y eliminen las subvenciones que distorsionan el comercio internacional, que se cree una nueva arquitectura financiera internacional y que se ponga en marcha un programa realmente eficaz de alivio de la deuda externa, especialmente para los países pobres muy endeudados.

Es necesario aumentar la cooperación para el desarrollo. Es sencillamente escandaloso que un país tan importante como Estados Unidos dedique 500.000 millones de dólares a su presupuesto militar y sólo 16.000 millones de dólares a la ayuda al desarrollo (año). En términos más generales, el reciente informe de Naciones Unidas sobre los ODM considera que sólo se podrán alcanzar esos objetivos si los países desarrollados duplican su ayuda oficial al desarrollo, en relación a su PNB, de aquí al año 2015. La ayuda oficial al desarrollo debería pasar del 0,25% actual al 0,50%, simplemente para que se puedan cumplir los ODM. Además, como existen otros objetivos de la ayuda internacional distintos de los ODM (proyectos de infraestructura, gastos relacionados con el cambio climático, labores de reconstrucción posterior a conflictos y otras necesidades geopolíticas), el informe concluye que es preciso que la cooperación para el desarrollo llegue hasta el 0,7% del PNB de los países donantes hacia el año 2015 (Sachs, dir., 2005, pág. 70). Conviene recordar que el objetivo del 0,7% se planteó nada menos que hace 35 años en la Asamblea General de Naciones Unidas y que hoy en día sólo cinco países desarrollados lo están cumpliendo (Dinamarca, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos y Suecia).

En cuanto a la Unión Europea, debería hacer todos los esfuerzos necesarios por alcanzar el 0,7% hacia 2010, por dar prioridad a los países de bajos ingresos y por destinar al menos un 20% de la ayuda a la educación, como ha destacado un estudio de Oxfam (Intermón-Oxfam en España), en colaboración con otras ONG de Desarrollo⁹.

En lo que se refiere al comercio internacional, hace falta un nuevo marco comercial que favorezca el desarrollo. Para tal fin, resulta necesario, por lo menos¹⁰:

⁸ Los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) son, como es bien sabido, «las metas mundiales cuantificadas y cronológicas para luchar contra la pobreza extrema en sus numerosas dimensiones (pobreza de ingreso, hambre, enfermedad, falta de vivienda y exclusión), al mismo tiempo que promueven la igualdad de los géneros, la educación y la sostenibilidad ambiental. También representan derechos humanos fundamentales: los derechos de cada persona del planeta a la salud, la educación, la vivienda y la seguridad, según se prometen en la Declaración Universal de Derechos Humanos y en la Declaración del Milenio de las Naciones Unidas» (Sachs, dir., 2005, pág. 6).

⁹ Informe conjunto de ONG, *Campeones y colistas en la UE. ¿Qué países están cumpliendo sus compromisos en materia de ayuda, comercio y deuda?*, Act on Aid International, Eurodad y Oxfam International, 14 de febrero de 2005.

¹⁰ Para los temas comerciales y financieros, he utilizado especialmente el texto siguiente: P. Bustelo, «¿Cómo gobernar la globalización en beneficio del desarrollo?», documento inédito, 2003.

- Garantizar el acceso de los bienes de los países en desarrollo a los mercados de los países ricos. Hay que reducir los subsidios agrícolas (a la producción y a las exportaciones) de los países ricos. Esos subsidios superan los 1.000 millones de dólares al día y generan sobreproducción y *dumping* en los mercados internacionales; también hay que disminuir la protección de los mercados agrícolas y rebajar aranceles y barreras no arancelarias en algunos productos manufacturados, como los productos textiles, los artículos de vestuario y el acero.
- Asegurar un acceso sin trabas a los mercados solventes de los países ricos para los países de ingreso bajo: los países menos adelantados (PMA), sin duda, pero también otros países de ingreso bajo deberían poder vender sus productos sin aranceles ni barreras no arancelarias (cuotas, contingentes, medidas anti-*dumping* o anti-subsidio, salvaguardias, etc.) en los mercados de los países desarrollados.
- Crear mecanismos para estabilizar las cotizaciones de los productos primarios y, por tanto, para contener la caída de la relación real de intercambio para los países exportadores de esos productos.
- Promover una reforma de la Organización Mundial de Comercio (OMC) para que se oriente principalmente a promover el desarrollo, esto es, a erradicar la pobreza y a crear empleo.

En lo que se refiere a la arquitectura financiera, hay que reducir la inestabilidad financiera internacional, así como prevenir y gestionar mejor las crisis financieras, con objeto de asentar y aumentar el crecimiento económico mundial. En primer lugar, es preciso mejorar y coordinar las políticas macroeconómicas (monetarias y cambiarias) de Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. En segundo lugar, es necesaria una regulación internacional de los sistemas financieros nacionales y de los flujos internacionales de capital: se ha avanzado mucho en lo primero (difusión de la información, establecimiento de normas y códigos financieros internacionales, vigilancia) y muy poco en lo segundo. En tercer lugar, hay que suministrar adecuadamente liquidez en caso de inminencia o estallido de una crisis: para aportar sin demoras una liquidez adecuada en condiciones razonables, es necesaria la creación de un verdadero prestamista internacional de última instancia, que podría ser el propio Fondo Monetario Internacional (FMI) si se financia adecuadamente (por ejemplo, emitiendo derechos especiales de giro), mejora su capacidad de préstamo y reforma la condicionalidad de sus préstamos, que ha tendido a la injerencia en asuntos internos, ha tenido una amplitud excesiva y ha sido de eficacia más que dudosa. Por último, hay que diseñar mecanismos de moratoria de pagos y de liquidación ordenada de deuda externa: son necesarios para evitar un impago desordenado de los pasivos externos, reducir la necesidad de acciones de rescate, otorgar al deudor insolvente protección en los tribunales de los países acreedores y asegurar una reestructuración ordenada de la deuda privada y soberana, involucrando de paso al sector privado en el manejo y la solución de las crisis.

Finalmente, en lo que atañe al alivio de la deuda externa, la comunidad internacional debe ser más ambiciosa y generosa. Hay que cancelar la deuda bilateral de los países más pobres del mundo, así como condonar su deuda multilateral. Y hay que hacerlo sin imponer a esos países reformas económicas tan exigentes y mal encaminadas que aca-

ban por ser contraproducentes y que en cualquier caso resultan excesivas para los pocos beneficios que han obtenido hasta ahora.

Por otra parte, los economistas deberían ocuparse más de la pobreza y menos de la riqueza. Hay que insistir en que las cuestiones del desarrollo (incluyendo los problemas medioambientales asociados al desarrollo) son las cuestiones centrales de nuestro tiempo. La persistencia de la pobreza y el aumento de la desigualdad deberían ser objeto de los esfuerzos principales de los economistas, que sin embargo se dedican, en su mayoría, a temas de menor calado y, en algunos casos, intrascendentes. La mayor parte de los economistas que siguen las directrices de la Economía convencional no presta especial interés a los problemas del desarrollo, pues considera que lo normal es que los países crezcan simplemente con aplicar medidas favorables a la economía de mercado. Con ese planteamiento se escamotea una comprensión adecuada de la realidad.

Además, el pluralismo debería imperar en la economía del desarrollo: en particular, los principales organismos internacionales, como el FMI y el Banco Mundial, deberían abrirse a aportaciones heterodoxas. Tal pretensión puede parecer ingenua: las instituciones gemelas de Bretton Woods tienen unos compromisos y una inercia que hacen enormemente difícil que adquieran una mayor amplitud teórica de miras. Con todo, los acontecimientos sucesivos y la presión del movimiento «alter-mundialista» (o por una globalización alternativa) sobre esos organismos acabará necesariamente por hacerlos cambiar. Por añadidura, hay un problema más general. La economía neoclásica del desarrollo –que sigue imperando, aunque ya sin las pretensiones radicales que adoptó en los años ochenta– busca arrinconar a los otros enfoques, que sirven cuanto menos para estudiar cuestiones que la economía neoclásica no puede, no sabe o no quiere analizar.

Finalmente, los planteamientos teóricos sobre el desarrollo deberían apartarse de una teoría anacrónica. La teoría convencional considera que no es necesario un análisis específico para estudiar la economía de los países subdesarrollados, sino que basta aplicar en esos países los presupuestos de la macroeconomía y de la microeconomía modernas, como si no hubiera diferencia alguna entre los países ricos y los países pobres. Esa «monoeconomía» (la idea de que hay leyes económicas que funcionan exactamente igual en países desarrollados y en países subdesarrollados) es extremadamente dañina. Conviene recordar que Keynes ya se rebeló contra la «monoeconomía» al señalar que las situaciones distintas exigen teorías distintas. Pero además, la teoría convencional es anacrónica. El análisis y las proposiciones que se hacen desde la Economía convencional (la actualmente dominante) son no solamente insuficientes sino también equivocadas, como consecuencia de un enfoque que tiene unas bases de partida erróneas. Como ha señalado repetidas veces Sampedro, el problema de la Economía convencional (o liberal) no es tanto que esté equivocada sino que es anacrónica, por estar todavía anclada en los siglos XVIII y XIX:

[...] el liberalismo [económico] fue positivo, fue útil, fue valioso en sus comienzos, cuando entró a legitimar un gran cambio de poder que se producía en la sociedad europea de la época. En aquel momento, el poder se trasladaba desde el poder feudal de las tierras, de la nobleza y del clero a los comerciantes, a los empresarios. Y empezaba a emerger un nuevo poder social.

Y en ese momento, el liberalismo, el capitalismo, favoreció la expansión de fuerzas productivas, y favoreció el progreso de la técnica. Y en ese sentido digo que es positivo. Pero, hoy, es anacrónico. No es que sea malo: es que es anacrónico, es que es anticuado; es que no sirve para resolver los problemas (Sampedro, 2000, pág. 11).

Se puede pues relacionar el mal estado de la economía del subdesarrollo con el subdesarrollo de la Economía, cuestión que se abordará a continuación.

3. El subdesarrollo de la Economía

Como se mencionó antes, una de las causas del declive de la economía del subdesarrollo es el propio subdesarrollo de la Economía.

La Economía, como disciplina, ha atravesado sucesivas crisis durante el siglo XX. La primera fue la resuelta con la aparición de la teoría de Keynes en los años treinta. La segunda fue la de la crisis del pensamiento keynesiano en los años setenta. Y la tercera, y posiblemente la más grave, es la que sufre desde los años noventa.

La ruptura teórica keynesiana con el neoclasicismo y el creciente intervencionismo público en la economía fueron responsables de lo que en los años setenta Joan Robinson llamó la primera de las dos grandes crisis del pensamiento económico del siglo XX. Crisis debida a la incapacidad de la doctrina del *laissez-faire* para dar respuesta a los problemas de insuficiencia de la demanda efectiva (Robinson, 1972, págs. 1–10).

En los años setenta del siglo XX, la situación fue similar a la de entonces: de nuevo una crisis del pensamiento económico, derivada de su incapacidad para explicar la realidad y para solucionar los problemas (Bell y Kristol, eds., 1981 y Wiles y Routh, 1984). Se trataba, dijo Joan Robinson, de la «bancarrotta evidente de una teoría económica que, por segunda vez, no tiene nada que decir sobre cuestiones que, para todo el mundo, excepto para los economistas, parecen ser las más necesitadas de respuestas» (Robinson, 1972, pág. 10). Manifestaciones de esa crisis fueron la escasez de nuevas ideas y el predominio de las investigaciones descriptivas sobre las de dimensión prescriptiva, es decir, sobre la obtención de planteamientos que pudieran interferir activamente en el curso de los procesos económicos. La causa principal de la crisis fue sin duda la creciente separación o brecha entre análisis económico y realidad económica. En palabras de Bunge:

La economía política está en crisis. Dispone de más datos que nunca y jamás se han usado métodos matemáticos tan poderosos en las ciencias sociales como los que emplean los economistas. Pero apenas hay ideas nuevas en este campo por lo cual el abismo que separa a la teoría de la realidad se ensancha progresivamente (Bunge, 1982, pág. 15).

La peculiaridad de los problemas económicos de los años setenta y ochenta, la falta de consenso entre los distintos enfoques y las insuficiencias de las nuevas aportaciones teóricas contribuyeron a esa falta de correspondencia entre la realidad y las propuestas teóricas. La segunda crisis de la Ciencia Económica, al igual que la primera, obedeció a

fenómenos reales (la llamada «crisis de los setenta») y a los problemas que presentaban los enfoques teóricos.

La tercera crisis de la Economía es la actual (véase, por ejemplo, Fullbrook, ed., 2004). Desde los años noventa han proliferado las críticas a la Economía, con la publicación de trabajos sobre su crisis de visión (Heilbroner y Milberg, 1996), su enfermedad (Blaug, 1998), su final (Perelman, 1996) o incluso su muerte (Ormerod, 1994).

Hay dos posibles vertientes con las que analizar la crisis actual de la Economía. Una es la relativa al creciente rechazo al tipo más usual de enseñanza que se dispensa actualmente en los estudios de Ciencias Económicas. Otra está relacionada con las limitaciones del enfoque ortodoxo o dominante en Economía.

3.1. La crítica a una Economía autista

Sobre la primera cuestión, resulta de extremo interés el *movimiento por una Economía post-autista* iniciado en Francia en junio de 2000 cuando un grupo de estudiantes de Economía publicó un manifiesto criticando la enseñanza convencional en los estudios económicos. En particular, los estudiantes pusieron de manifiesto tres defectos de esa enseñanza: (1) la construcción de mundos imaginarios; (2) el abuso de las matemáticas; y (3) la falta de pluralismo. En opinión de ese movimiento, tales defectos resultaban en una ciencia *autista*, alejada de los problemas de nuestro tiempo¹¹.

En primer lugar, la construcción de mundos imaginarios¹² es el resultado del individualismo metodológico y del supuesto del comportamiento racional de los agentes. En lo que se refiere al individualismo metodológico, ocurre que, en la teoría económica convencional, la acción económica corresponde a individuos aislados, que tienen información suficiente sobre los costes y los beneficios de las distintas alternativas. En realidad, como ha sugerido Ormerod (1999), los individuos se relacionan entre sí y es esa relación la que les provee de la información que usan al tomar decisiones. En cuanto al supuesto del comportamiento racional:

Debemos abandonar la pretensión completamente irrealista de la Economía convencional de que ha descubierto una norma general del comportamiento de los agentes, a saber, el comportamiento maximizador. Conocemos la enorme cantidad de pruebas en las ciencias cognitivas sobre la capacidad limitada de los agentes para procesar la información, lo que pone en cuestión el concepto de maximización excepto en circunstancias muy especiales (Ormerod, 2001).

Es necesario, tal y como sugiere la *propuesta de Kansas City*, disponer de un concepto más amplio del comportamiento humano:

La definición de hombre económico como un optimizador racional autónomo es demasiado estrecha y no permite tener en cuenta el papel de otros factores determinantes como el ins-

¹¹ Véase una historia del movimiento por una Economía post-autista en E. Fullbrook (comp.), (2003).

¹² Blaug (1998) critica el «escolasticismo soporífero» de muchos artículos en la *American Economic Review*, el *Economic Journal*, *Econometrica* o la *Review of Economic Studies*.

tinto, la formación de hábitos, así como el género, las clases y otros factores sociales en conformar la psicología económica de los agentes sociales¹³.

Las premisas en las que se basa la teoría económica convencional o neoclásica están alejadas del comportamiento del mundo real, lo que conduce a un enfoque excesivamente simplificador de un entorno complejo.

En segundo lugar, el abuso de las matemáticas es el resultado de llevar hasta el límite una Economía moderna que ha sido definida como la *era de los modelos económicos*.

Nadie discutiría la importancia de crear y emplear modelos como simplificaciones necesarias de la realidad y de usar las matemáticas para cuantificar los fenómenos económicos. Lo que seguramente es discutible en la Economía actual es el uso excesivo de la formalización matemática, que ha llevado a la Economía convencional a ser más sofisticada pero a la vez más irrelevante para entender la realidad económica: la «impeccable elegancia» combinada con la «absoluta inoperancia» de las que hablan Heilbroner y Milberg (1996). En realidad, lo que se ha desarrollado mucho en los últimos años no es ni siquiera economía matemática sino un análisis fundamentalmente matemático con algún que otro ingrediente económico.

Las ventajas e inconvenientes del uso de modelos formales (o matemáticos) en Economía han sido expuestos por Colander (2000, pág. 140) de la siguiente manera: (1) las ventajas residen en que son un instrumento empírico y que intentan evitar la tendencia a pontificar que existía en períodos anteriores del pensamiento económico; (2) el problema del uso de los modelos matemáticos es doble. Por una parte, consiste en la recopilación de datos que son expuestos a menudo con un modelo basado en supuestos *ad hoc* (lo que arroja resultados *ad hoc*). Por otra parte, las exigencias de la publicación de trabajos en las revistas más importantes hacen que lo importante sea obtener resultados «bonitos» y usar técnicas estadísticas de bella factura y no tanto resultados y técnicas razonables o sensatos. En suma, en palabras de Blaug:

Los economistas han convertido gradualmente a la materia en un juego intelectual llevado a cabo por sí mismo y no por sus consecuencias prácticas. Los economistas han transformado gradualmente la disciplina en un tipo de matemática social en la que el rigor analítico tal y como es entendido en los departamentos de matemáticas lo es todo y en la que la importancia empírica (como se entiende en los departamentos de física) no es nada. Si un tema no puede ser abordado con la modelización formal es simplemente enviado al submundo intelectual (Blaug, 1998, pág. 13).

¹³ «The Kansas City Proposal: An International Open Letter to All Economics Departments», *Postautistic Economic Newsletter*, n.º 8, septiembre de 2001. La reunión de Kansas City (agosto de 2001), en la que participaron estudiantes de Economía de 17 países, también reclamó para la enseñanza de la Economía, además de un concepto más amplio del comportamiento humano, aspectos como el reconocimiento de la cultura, la consideración de la historia, una nueva teoría del conocimiento, mayor fundamento empírico, métodos más amplios y diversos y un diálogo interdisciplinario.

Lawson es incluso más crítico:

La principal deficiencia [de la Economía] es suponer sin cuestionamiento alguno que una ciencia usa necesariamente las matemáticas. Tal presupuesto es falso. Además, una reflexión sobre la naturaleza de las ciencias naturales sugiere que hay muchas razones para suponer que incluso una economía prácticamente exenta de matemáticas puede ser incluso científica en el sentido de las ciencias naturales (Lawson, 2001).

No obstante, hay destacados economistas que defienden la formalización matemática como condición *sine qua non* de la Economía. Sirvan como botón de muestra las opiniones de Maurice Allais y de Paul Krugman:

La condición esencial de cualquier ciencia es la existencia de regularidades que pueden ser analizadas y previstas. Ese es el caso de la mecánica celeste. Pero es también cierta en muchos fenómenos económicos. De hecho, su análisis detallado presenta regularidades que son tan llamativas como las encontradas en las ciencias físicas. Por eso la economía es una ciencia y por eso la economía descansa en los mismos principios y métodos generales que la física (Allais, 1992, pág. 25).

El formalismo es crucial para el progreso del pensamiento económico *–incluso si* resulta que las ideas inicialmente desarrolladas con la ayuda del análisis formal pueden al final, con algún esfuerzo, ser expresadas en román paladino (*plain English*) (Krugman, 1998, pág. 1.829, cursivas añadidas).

Un balance de tan espinosa cuestión ha sido expuesto por el famoso economista post-keynesiano G. Harcourt de la siguiente manera:

[... la controvertida cuestión de las matemáticas] es una pista falsa. Mi propia opinión ha estado influida por Keynes, [quien] defendía que en una disciplina como la Economía hay un espectro de lenguajes apropiados, desde la intuición y la poesía, pasando por argumentos típicos de abogados, hasta la lógica formal y las matemáticas. Todos ellos desempeñan un papel en función del tema o de los aspectos del tema de que se trate. Las matemáticas son un buen servidor pero un mal maestro, esto es, [de lo que se trata es de] plantear primero la vertiente económica de un tema y luego ver si alguna forma de matemáticas puede ser útil para resolver claramente los problemas. Ese enfoque tenía la bendición de von Neumann, Michal Kalecki y Josef Steindl, una trinidad valiosa si es que ha habido alguna¹⁴ (Harcourt, 2001).

Por último, la crítica se dirige también al insuficiente pluralismo en la enseñanza actual de la Economía: se identifica la *buena* Economía con el pensamiento neoclásico y se ignoran o se menosprecian enfoques alternativos. Por ejemplo, la *propuesta de Cam-*

¹⁴ G. Harcourt, «A Good Servant but a Bad Master», *Post-autistic Economic Newsletter*, n.º 6, mayo de 2001.

bridge (junio de 2001) elaborada por veintisiete estudiantes de doctorado de la prestigiosa universidad británica, ha señalado lo siguiente:

En los casos en que esos enfoques [los que compiten en el entendimiento de los fenómenos económicos] suministren visiones significativas de la vida económica, deberían ser enseñados y su investigación fomentada en el seno de la Economía. En este momento eso no está ocurriendo. Los enfoques alternativos tienen una función menor en la Economía simplemente porque no se ajustan a lo que la corriente principal considera que es la Economía. Debería estar claro que esa situación se refuerza a sí misma [...]. No estamos discutiendo el enfoque convencional *per se* sino el hecho de que su dominio se dé por sentado en la profesión. No estamos discutiendo los métodos de la Economía convencional sino que creemos en el pluralismo de métodos y enfoques justificados en el debate. Ese pluralismo debe hacer que la labor económica alternativa no sea meramente tolerada sino que se cumplan las condiciones materiales y sociales para su desarrollo, tal y como ocurre con la Economía convencional. Esto es a lo que nos referimos cuando hablamos de una apertura de la Economía¹⁵.

Entre los libros de introducción a la Economía que, contra corriente, defienden el pluralismo cabe mencionar el manual de Stretton (1999).

3.2. *La crisis del pensamiento dominante*

En lo que atañe a la segunda vertiente mencionada (la crisis propia del pensamiento neoclásico), puede decirse que la crisis actual de la disciplina obedece también a la flagrante inadecuación de la teoría económica convencional ante las nuevas realidades¹⁶. En palabras de Roberto Velasco: «El lamento más frecuente se basa en la comprobada inadecuación de la teoría económica a las realidades y su incapacidad para orientar la política económica en la búsqueda de soluciones a los problemas prácticos» (Velasco, 1996, pág. 48).

No obstante, algunos economistas ortodoxos no sólo han rechazado que la economía ortodoxa tenga flancos criticables sino que han llegado a defender la pertinencia de la intrusión del análisis económico convencional en otras disciplinas. Baste la siguiente cita para ilustrar ese planteamiento:

La economía no es sólo una ciencia social, es una ciencia genuina. Como las ciencias físicas, la economía usa una metodología que genera implicaciones refutables y contrasta dichas implicaciones usando técnicas estadísticas sólidas. En particular, la economía destaca tres aspectos que la distinguen de otras ciencias. Los economistas usan la construcción de individuos racionales que tienen un comportamiento maximizador. Los modelos económicos se ajustan estrictamente a la importancia del equilibrio como parte de cualquier teoría. Finalmente, su insisten-

¹⁵ «Opening Up Economics: A Proposal by Cambridge Students», manifiesto de junio de 2001 firmado por veintisiete estudiantes de doctorado de la Universidad de Cambridge.

¹⁶ Véase Ramos Barrado (1979).

cia en la eficiencia lleva a los economistas a plantear cuestiones que son ignoradas por otras ciencias sociales. Esos ingredientes han permitido a la economía invadir un territorio intelectual que se pensaba antes que estaba fuera del alcance de la disciplina (Lazear, 2000, pág. 99)¹⁷.

Frente a esa idea (según la cual la Economía sería la «reina de las ciencias sociales»), Keen (2001) ha defendido que en realidad se trata del «emperador desnudo de las ciencias sociales». El argumento que se defenderá a continuación es que la falta de adecuación de la Economía ortodoxa se debe a su carácter parcial, formal, asocial, ahistórico y praxeológico.

El carácter *parcial* de la Economía convencional obedece a su enfoque atomista, centrado en lo estrictamente económico, que separa lo económico, por un lado, y lo político y social, por el otro, y sólo se preocupa por lo primero. Pero también a la exclusión que hace de los aspectos físicos y biológicos (la naturaleza), como han señalado insistentemente en España autores como Aguilera, Azqueta, Martínez Alíer o Naredo. Resulta necesario que los economistas tengan una visión interdisciplinaria de la Economía: en palabras de Streeten (2002), «pobre economista el que sea sólo economista». Con tal fin, se han hecho propuestas para fortalecer, en las carreras de Ciencias Económicas y en las lecturas de los economistas, los estudios de sociología, filosofía, ciencia política, historia, antropología o ecología. La interdisciplinaria puede permitir a los economistas ser más humildes, esto es, todo lo contrario de lo que pretende el *imperialismo económico*.

El carácter *formal* de la Economía convencional se debe a una mayor preocupación por la coherencia interna de sus enunciados que por la contrastación con la realidad y la capacidad explicativa de éstos. En expresión ya clásica de Blaug, «elegancia analítica, economía de medios teóricos y generalidad obtenida a través de supuestos cada vez más “heroicos” han significado siempre más para los economistas que relevancia y capacidad de predicción» (Blaug, 1975, pág. 24).

La conversión de la Economía en una mera técnica ha hecho incluso que se defiendan su neutralidad, es decir, su carácter de cuerpo de conocimientos exento de cualquier tipo de juicios de valor. Como ha señalado Albuquerque:

La teoría económica convencional se ocupa así básicamente del estudio de la coherencia interna y desarrollo formal de modelos abstractos, en buena parte *irreales*; y la complicación del aparato matemático y econométrico correspondiente suele ser presentada como un criterio de verosimilitud. Se olvida así que la simple *formalización* no produce en sí misma conocimiento alguno, y de este modo la Teoría económica convencional debe ser considerada en buena medida como una ciencia formal y no como una actividad científica factual (Albuquerque, 1981, pág. 76, cursiva en el original).

¹⁷ Esa pretensión viene de antiguo: «sólo hay una ciencia social [...] Lo que otorga a la Economía su poder invasivo imperialista es que nuestras categorías analíticas –escasez, coste, preferencias, oportunidades, etc.– tienen una aplicación verdaderamente universal [...]. Por tanto la Economía constituye realmente la gramática universal de las ciencias sociales» (cita de J. Hirshliefer, «The Expanding Domain of Economics», *American Economic Review*, vol. 75, n.º 6, 1985, págs. 53-68). El imperialismo económico ha sido asociado, sobre todo, a la obra del premio Nobel G. Becker: véase R. Febrero y P. Schwartz (comps.), *La esencia de Becker*.

En 1972, el mismo año de la publicación del artículo citado de Joan Robinson, B. Ward, de la UCLA, se preguntaba «¿qué le ocurre a la teoría económica?» (Ward, 1972), y su respuesta era que sus problemas procedían del hecho de que se trataba de una ciencia normativa con un falso disfraz de ciencia positiva.

Su carácter *asocial* es producto de la herencia de la revolución marginalista que, frente a la escuela clásica, que intentaba explicar las relaciones entre los seres humanos, inició una preocupación por las relaciones entre el individuo aislado, extraído de su contexto social, y las cosas.

Su carácter *ahistórico* surge de su pretensión de ser una ciencia con validez universal. Esa ciencia pretendidamente atemporal ha resultado especialmente inadecuada para explicar realidades distintas a las del contexto en que nació (un país desarrollado en proceso de industrialización), así como para dar cuenta de las transformaciones económicas experimentadas en el propio espacio geográfico de referencia. Además, su carácter ahistórico se ve reforzado por el olvido al que somete a la perspectiva dinámica, que, incluso cuando se introduce en el análisis, se reduce, por lo general, a meros ejercicios de estática comparativa.

Y, por último, su carácter *praxeológico*, es decir, su definición como una mera técnica formal de la elección individual, resulta del empleo de un método apriorístico deductivo. Como ha señalado Alfons Barceló:

En la teoría económica estándar juegan un papel central ciertas hipótesis sobre la conducta del consumidor. Ahora bien, su validación no se efectúa por lo común apelando a leyes psicológicas bien fundadas, ni siquiera a generalizaciones empíricas evidentes, sino que tales hipótesis se establecen como supuestos convencionales. [...] De modo que se pasan por alto, a golpe de supuesto, hechos bien palpables, tales como que la modificación de las preferencias de las personas de un entorno cercano incide sobre el «mapa» de preferencias del sujeto considerado, o que este mapa se va modificando con el paso del tiempo (Barceló, 1987, pág. 9).

En suma, la Economía dominante insiste en aspectos que han sido objeto de fuerte polémica y que son rechazados por un número considerable de economistas: por citar sólo algunos, el individualismo metodológico, el carácter racional y maximizador de los agentes o el análisis en términos de equilibrio.

4. Conclusiones

Hay que tomar conciencia del subdesarrollo, conciencia de los inconvenientes que supone el predominio de la ortodoxia en la especialidad de la economía del desarrollo y conciencia de los serios problemas que presenta la disciplina de la Economía en general hoy en día. Esa conciencia es necesaria para ver claro y así poder enmendar la economía del desarrollo, la Economía en general y el sistema.

La conciencia del subdesarrollo es necesaria para que los ciudadanos (del Norte y del Sur) presionen a los Gobiernos de los países ricos para que cambien sus políticas egoístas e injustas por otras más solidarias y justas. Como se ha señalado antes, esas políticas más solidarias y justas deben consistir, entre otros aspectos, en un aumento considerable de la ayuda

oficial al desarrollo, pero también en un sistema comercial internacional que no discrimine a los países pobres, en la construcción de una nueva arquitectura internacional favorable al desarrollo y en una condonación efectiva de la deuda externa de los países más pobres.

Hay que tomar conciencia también de los inconvenientes que tiene el predominio de la ortodoxia en la economía del desarrollo, con el objeto de construir un enfoque capaz de interpretar adecuadamente los problemas de los países subdesarrollados y de proponer estrategias eficaces para su desarrollo.

De igual modo, es necesario tomar conciencia de los serios problemas de la Economía convencional. La enseñanza de la Economía consiste muchas veces, como ha denunciado el movimiento por una Economía post-autista, en construir mundos imaginarios muy alejados de la realidad, en abusar de las matemáticas y en presentar una única lectura de la Economía, sin respetar el pluralismo existente que es, además, absolutamente imprescindible. Pero es que, además, la Economía convencional es anacrónica. En su libro *Mercado y globalización*, José Luis Sampedro ha denunciado «el anacronismo que invalida hoy la teoría liberal por su injusticia distributiva, su ceguera ecológica, su reduccionismo inhumano, sus desviaciones al orientar la inversión y otros aspectos negativos inherentes al intercambio descontrolado» (Sampedro, 2002, págs. 87-88).

Esa toma de conciencia debe llevarnos a reformar la economía del desarrollo y la Economía en general pero también a enmendar un sistema incompatible con un desarrollo humano y sostenible para la enorme mayoría de la población mundial. Es indudable que hay que luchar por modificar desde dentro los aspectos más aberrantes del sistema, para que el número de desamparados disminuya y para que su suerte mejore, aunque sea parcialmente. Pero no hay que olvidar que el propio sistema es incapaz de ofrecer alternativas que atenúen una situación de gravedad sin precedentes.

5. Referencias

- ALBURQUERQUE, F. (1981), *El análisis dialéctico estructural de la realidad económica*, Univecop, Madrid.
- ALLAIS, M. (1992), "The Economic Science of Today and Global Disequilibrium", en BALDASSARI, M. et al., *Global Disequilibrium in the World Economy*, Macmillan, Basingstoke, 1992.
- BANCO MUNDIAL (2004), *Informe sobre el desarrollo mundial 2005*, Banco Mundial, Washington DC.
- BARCELÓ, A. (1987), "Rápido chequeo a la teoría económica", Comunicación a las I Jornadas de Economía Crítica, Madrid, 17-19 de diciembre de 1987, mimeografiado, 15 págs. (pub. en *Cuadernos de Economía*, vol. 16, n.º 47, 1988, págs. 343-66 y en Barceló, 1992, págs. 63-98).
- (1992), *Filosofía de la economía. Leyes, teorías y modelos*, Fuhem/Icaria, Madrid.
- (1998), *Economía política radical*, Síntesis, Madrid.
- BELL, D. y KRISTOL, I. (eds.) (1981), *The Crisis in Economic Theory*, Basic Books, Nueva York.
- BERZOSA, C. (2002), *Los desafíos de la economía mundial en el siglo XXI*, Nivola, Madrid.
- (2003), "Historia económica: desarrollo y subdesarrollo", en VV.AA., *Estudios de historia y de pensamiento económico (Homenaje al profesor Francisco Bustelo)*. Ed. Complutense, Madrid, págs. 684-708.
- BERZOSA, C. y SANTOS, M. (2000), *Los socialistas utópicos. Marx y sus discípulos*, Síntesis, Madrid.
- BERZOSA, C., BUSTELO, P. y DE LA IGLESIA, J. (2001), *Estructura económica mundial*, Segunda edición, Síntesis, Madrid.
- BLAUG, M. (1976), "Kuhn versus Lakatos or Paradigms versus Research Programmes in the History of Economics", en S. J. Latsis (ed.), *Method and Appraisal in Economics*, Cambridge University Press, Cambridge [trad. esp. en *Revista Española de Economía*, año V, enero-abril de 1975, págs. 9-50].
- (1998), "Disturbing Currents in Modern Economics", *Challenge*, vol. 41, n.º 3, págs. 11-34.
- BUNGE, M. (1982), *Economía y filosofía*, Tecnos, Madrid.
- BUSTELO, P. (1998), *Teorías contemporáneas del desarrollo económico*, Síntesis, Madrid.

- BUSTELO, P. (2003), "Desarrollo económico: del Consenso al Post-Consenso de Washington y más allá", en VV.AA., *Estudios de historia y de pensamiento económico (Homenaje al profesor F. Bustelo)*, Editorial Complutense, Madrid, págs. 741-55.
- BUSTELO, P., GARCÍA, C. y OLIVÍE, I. (2004), *Estructura económica de Asia oriental*, Akal, Madrid.
- CHEN, S. y RAVALLION, M. (2004), "How Have the World's Poorest Fare since the Early 1980s?", *Policy Research Working Paper*, n.º 3341, Banco Mundial, Junio.
- COLANDER, D. (2000), "The Death of Neoclassical Economics", *Journal of the History of Economic Thought*, vol. 22, n.º 2, págs. 127-43.
- FULLBROOK, E. (comp.) (2003), *The Crisis in Economics. The Post-autistic Economics Movement: The First 600 Days*, Routledge, Londres.
- FULLBROOK, E. (ed.) (2004), *What's Wrong With Economics*, Anthem Press, Londres.
- GUERRERO, D. (1997), *Historia del pensamiento económico heterodoxo*, Trotta, Madrid.
- HARCOURT, G. (2001), "A Good Servant but a Bad Master", *Post-autistic Economic Newsletter*, n.º 6.
- HEILBRONER, R. y MILBERG, W. (1996), *The Crisis of Vision in Modern Economic Thought*, Cambridge University Press, Cambridge [trad. esp. en Paidós, Barcelona, 1998].
- HIDALGO, A. L. (1998), *El pensamiento económico sobre desarrollo: de los mercantilistas al PNUD*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, Huelva.
- HIRSCHMAN, A. O. (1982), "The Rise and Decline in Development Economics", en GERSONITZ, M. et al. (comps.), *The Theory and Experience of Economic Development*, Allen and Unwin, Londres, 1982 [trad. esp. en Fondo de Cultura Económica, México, 1985].
- IBARRA, P. y UNCETA, K. (coords.) (2001), *Ensayos sobre el desarrollo humano*, Icaria, Barcelona.
- KEEN, S. (2001), *Debunking Economics: The Naked Emperor of the Social Sciences*, Zed Books, Londres.
- KRUGMAN, P. (1998), "Two Cheers for Formalism", *The Economic Journal*, vol. 108, n.º 451, noviembre de 1998, págs. 1.829-1.836.
- LAWSON, T. (2001), "Back to Reality", *Post-autistic Economics Newsletter*, n.º 6.
- LAZEAR, E. P. (2000), "Economic Imperialism", *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 115, n.º 1, págs. 99-146
- MADDISON, A. (2002), *La economía mundial. Una perspectiva milenaria*, OCDE, París.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS, A. (2000), *Economía política de la globalización*, Ariel, Barcelona.
- ORMEROD, P. (1994), *The Death of Economics*, Faber and Faber, Londres [trad. esp. en Anagrama, Barcelona, 1995].
- (1999), *Butterfly Economics: A New General Theory of Social and Economic Behavior*, Random House, Nueva York.
- (2001), "Beyond Criticism", *Post-autistic Economics Newsletter*, n.º 7.
- PERELMAN, M. (1996), *The End of Economics*, Routledge, Londres [trad. esp. en Ariel, Barcelona, 1997].
- PNUD (VV.AA.), *Informe sobre desarrollo humano* (anual desde 1990), Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Nueva York.
- RAMOS BARRADO, A. (1979), "La inadecuación de la teoría económica convencional", manuscrito inédito, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Complutense de Madrid.
- ROBINSON, J. (1972), "The Second Crisis of Economic Theory", *American Economic Review*, vol. 62, n.º 2 [trad. esp. en *Información Comercial Española*, n.º 498, febrero de 1975].
- SACHS, J. D. (dir.) (2005), *Invirtiendo en el desarrollo. Un plan práctico para conseguir los Objetivos de Desarrollo del Milenio*, Proyecto del Milenio, Naciones Unidas, Nueva York.
- SAMPEDRO, J. L. (1972), *Conciencia del subdesarrollo*, Salvat-Alianza, Madrid.
- (2000), "Antes y después de lo económico", en D. Guerrero (comp.), *Macroeconomía y crisis mundial*, Trotta, Madrid, págs. 9-14.
- (2002), *El mercado y la globalización*, Destino, Madrid.
- SAMPEDRO, J. L. y BERZOSA, C. (1996), *Conciencia del subdesarrollo. Veinticinco años después*, Taurus, Madrid.
- STIGLITZ, J. (2002), *Globalization and Its Discontents*, Norton, Nueva York [trad. esp. en Taurus, Madrid, 2002].
- STREETEN, P. (2002), "What's Wrong with Contemporary Economics?", *Interdisciplinary Science Reviews*, vol. 21, n.º 1, págs. 13-24.
- STRETTON, H. (1999), *Economics: A New Introduction*, Pluto Press, Londres.
- SUTCLIFFE, B. (1998), *100 imágenes de un mundo desigual*, Intermón, Barcelona.
- TOYE, J. (2003), "Changing Perspectives in Development Economics", en H.-J. Chang (ed.), *Rethinking Development Economics*, Anthem Press, Londres, págs. 21-40.
- VELASCO, R. (1996), *Los economistas en su laberinto*, Taurus, Madrid.
- WARD, B. (1972), *What's Wrong with Economics?*, Basic Books, Nueva York, 1972 [trad. esp. en Alianza Ed., Madrid, 1983].
- WATKINS, K. (1999), *Crecimiento económico con equidad. La experiencia del Este asiático*, Intermón-Oxfam, Barcelona.
- WILES, P. y ROUTH, E. (1984), *Economics in Disarray*, Basil Blackwell, Oxford.